

**JOHN DOS
PASSOS**

El gran dinero

No. 55

Con *El gran dinero* (1936), John Dos Passos concluía esa magna obra que es la «Trilogía USA», iniciada en 1930 con *Paralelo 42* y continuada en *1919* (1932). El proyecto más ambicioso que ningún novelista estadounidense haya afrontado. La descripción impresionista del éxito material y el declive moral de América regresa en esta novela al momento inmediatamente posterior al final de la Primera Guerra Mundial para encontrarse con una nación en franco progreso. La industrialización ha explotado, la cotización en alza de las acciones desborda todas las perspectivas, Lindbergh realiza en solitario el primero vuelo transatlántico, la factoría de Henry Ford demuestra las ventajas de la producción en cadena. Desde Nueva York a Hollywood, los desengaños amorosos y el cierre de tratos ventajosos muestran un país que vive demasiado deprisa y corre, desenfrenado, hacia la Gran Depresión.

PRÓLOGO

Con la publicación, en agosto de 1936, de *El gran dinero*, John Dos Passos daba por concluida la trilogía *USA*, a la que había dedicado casi diez años de trabajo. Los estudiosos del escritor coinciden en que fue entonces cuando su reputación como novelista alcanzó su punto más alto, y no por casualidad la revista *Time* le dedicó la portada y colocó su obra a la altura de *Guerra y paz* de Tolstói y *La comedia humana* de Balzac. Pasó sólo un año y medio, y en enero de 1938 la trilogía apareció publicada por primera vez en un solo volumen. Pero en ese año y medio habían ocurrido muchas cosas. Su viaje a la desangrada España de 1937 (en el que se enteró del asesinato de su amigo y traductor español, el republicano José Robles Pazos, a manos de la policía política estalinista) provocó, o al menos precipitó, su ruptura con el comunismo y con los medios intelectuales más próximos a la izquierda ortodoxa. En julio de ese mismo año publicó en *Common Sense* el artículo «Farewell to Europe!», que certificaba esa ruptura. En él denunciaba a los comunistas por haber llevado a la España republicana sus «secretos métodos jesuíticos, su caza de brujas contra el trotskismo y toda la compleja y sangrienta maquinaria de la política del Kremlin». Sus acusaciones influyeron sin duda en la acogida que algunas publicaciones izquierdistas dispensaron a la trilogía, y Dos Passos se quejaba de que algunos críticos que en su momento habían percibido en las tres novelas «destellos de

esperanza proletaria», ahora en la trilogía sólo veían «*merde*». El escritor no pudo sino sentirse represaliado por su transformación ideológica. Todavía seguiría lamentándose en 1953, cuando preparó una declaración para defender a un amigo ante el Comité de Actividades Antiamericanas. En ella afirmaba: «A causa de mi cambio de postura he sido penalizado porque entre los principales reseñistas de libros predominan los que se encuentran próximos a la izquierda; los comentarios sobre mis libros tienen una inequívoca tendencia a ser menos entusiastas que en mi primera época, y los rasgos que antes eran ensalzados como virtudes se han convertido en defectos».

Así pues, el antiguo activista de las causas de la izquierda, acostumbrado a que sus novelas fueran acogidas en la Unión Soviética como una implacable denuncia del *american way of life*, fue bien pronto anatematizado por su conservadurismo. Desde luego, en el ideario político de Dos Passos hubo a lo largo de su vida una clara evolución hacia la derecha, pero si algo se mantuvo constante e inalterable en esa evolución fue la defensa de la libertad individual, que en su juventud le hizo mirar con simpatía los movimientos anarquistas y en su madurez le reintegró a la vieja tradición liberal norteamericana. Esa defensa de la libertad individual podía interpretarse en unas circunstancias como revolucionaria y en otras como contrarrevolucionaria. Reivindicar la inocencia de Sacco y Vanzetti pareció, en su momento, revolucionario; denunciar, una decena de años después, la persecución de los trotskistas por parte del estalinismo fue, en cambio, considerado contrarrevolucionario. En la actualidad, el hecho de que una novela defienda o ataque los valores de la Revolución no parece que añada ni quite nada a su posible excelencia literaria. Está claro que, en los convulsos años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, las cosas no se percibían del mismo modo. Conviene recordar que, mientras Dos Passos ultimaba la redacción de *El gran dinero*, se había ya

consumado la escisión entre estalinistas y trotskistas, una escisión que en Estados Unidos (y particularmente en los ambientes intelectuales) se viviría con especial intensidad. A la luz de esa pugna, no debe pasar inadvertido el episodio de la expulsión del Partido Comunista del hasta entonces «héroe de la clase obrera» Ben Compton, al que se acusa de «disidencia e individualismo». Compton define el Partido Comunista como un «partido de corderos», lo que sin duda expresa las reticencias del propio Dos Passos ante una organización cuyos militantes se sometían de forma acrítica a la autoridad de los líderes. ¿Qué espacio quedaba ahí para la libertad individual?

La represión de la disidencia centraría su siguiente novela, *Aventuras de un joven*, escrita tras el decisivo viaje en abril de 1937 a la España republicana y publicada pocos meses después del final de la Guerra Civil. Es ésta una obra en la que Dos Passos parece haber asumido la misión de desenmascarar y condenar el estalinismo, y su eficacia narrativa está lastrada por un afán propagandístico y un maniqueísmo más que evidentes. Pero ya digo que el libro es posterior al viaje del autor a la España de 1937. En *El gran dinero*, última novela suya anterior a esa fecha, no hay simplificaciones partidarias, y todo en ella parece inspirado por una independencia de criterio y una honestidad insobornables. El libro (como, en general, la trilogía *USA*) plantea la eterna lucha entre solidaridad y egoísmo y describe los nocivos efectos que el sistema capitalista tiene en el individuo. En palabras de Townsend Ludington, uno de los principales especialistas en la obra de Dos Passos, éste hizo «un retrato satírico de Estados Unidos en el que los cambios eran incesantes pero el progreso escaso». En una época en la que el capitalismo había pasado de la fase de la competencia a la monopolística, la existencia de *trusts* se presentaba como el principal enemigo del bien común, y el pesimismo que la novela destila tiene mucho que ver con el momento histórico en que fue escri-

ta: al igual que bastantes de sus contemporáneos, Dos Passos era consciente de que los acontecimientos internacionales apuntaban cada vez con más fuerza a una nueva guerra mundial.

El título de esta tercera entrega del ciclo es muy elocuente. La importancia de la economía resulta más visible que nunca en esta novela y, no por casualidad, entre sus principales escenarios están Nueva York, Detroit, Miami y Hollywood, capitales respectivamente de la Bolsa (de cuyo derrumbe se nos informa en los últimos noticiarios), de la industria automovilística, de la especulación inmobiliaria y del cine (Dos Passos había conocido Hollywood en 1934 cuando trabajó como guionista para Josef von Sternberg y Marlene Dietrich). En su afán por reflejar la americanización del mundo, el novelista retrata las nuevas (y muy típicamente americanas) formas de la economía, y a las ya mencionadas habría que añadir la publicidad, presente en la peripecia de John Ward Moorehouse y Richard Ellsworth Savage, dos viejos conocidos del lector, que viene siguiéndoles los pasos desde las anteriores novelas de la trilogía. En tan complejo universo se abren diferentes vías que permiten acceder rápidamente al éxito, sea éste la riqueza, el poder o la fama, y Dos Passos no oculta la desconfianza que esos atajos le inspiran. Para él, el capitalismo es un ídolo con pies de barro, y la prosperidad no puede descansar sobre una base tan inestable como la especulación, que antepone el dinero fácil al valor del esfuerzo y el trabajo. Las consecuencias inevitables, como constata el novelista, son los vaivenes económicos y las tensiones entre la patronal y los trabajadores, a los que se niega el disfrute de esa prosperidad.

Pero esa presencia central de la economía no debilita el recio realismo de *El gran dinero* ni convierte en títeres a sus personajes. La complejidad de la existencia y las paradojas del ser humano son objeto de la insaciable curiosidad de Dos Passos, que trata de comprender la vida tal

como es, sin juzgar nunca a sus criaturas y, al mismo tiempo, sin renunciar por ello al humor ni a la ironía. Ese pesimismo ya mencionado matiza el retrato que el autor nos presenta de la Norteamérica de la Prohibición (lo que en España siempre se llamó Ley Seca). Proliferan los *speakeasies*, todo el mundo parece llevar su propia petaca con licor ilegal y nadie tiene problemas para contactar con los proveedores clandestinos, y sin embargo el consumo de alcohol, que en las dos novelas anteriores tenía un carácter inequívocamente festivo, en ésta ha degenerado y se ha convertido en síntoma de inclinaciones autodestructivas y miedo al fracaso. Dicho de otra manera, si en esas dos primeras novelas los personajes luchaban por alcanzar algún control sobre sus vidas, en esta última da la sensación de que nunca han llegado a tener ese control o lo han perdido definitivamente.

La primera novela de la trilogía mostraba el país como un terreno abonado para posibles revoluciones, y la segunda se centraba en el corte histórico que supuso para Estados Unidos la incorporación a la Gran Guerra. Por su parte, la tercera documenta la victoria, al menos provisional, de la versión más corrompida del sistema capitalista. Cuando el lector llegue a la fiesta final en casa de Eveline Johnson, en la que el novelista acierta a cerrar de forma magistral los principales hilos narrativos de la trilogía, comprobará lo desesperanzado del desenlace. Con esa desesperanza observaba Dos Passos en 1936 el presente y el futuro de su propio país, y al cerrar el libro uno no puede sino recordar algunas de las desoladas invocaciones que, a propósito de la ejecución de Sacco y Vanzetti, aparecen en una de las secciones tituladas «El Ojo de la Cámara». «¿Cómo hacerles sentir quiénes son tus opresores, América?», escribe Dos Passos, «¿cómo podrás saber quiénes son los que te han traicionado?».

IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

Charley Anderson

Charley Anderson estaba echado en su litera, sumido en un zumbido rojizo y fulgurante. *Oh, Titine...*! ¡Al diablo con la tonadilla aquella de la noche pasada! Tendido cuan largo era, le escocían los ojos y sentía la lengua caliente, acre y espesa. Sacó los pies de la manta, los descolgó de la litera; unos pies grandes y blancos, con pequeños bultos rosados en los dedos. Pisó la alfombra roja y se arrastró tambaleante hasta el ojo de buey. Asomó la cabeza.

En lugar del muelle, la niebla, las pequeñas olas verdigrises rompiendo contra el costado de la escala. El vapor estaba anclado. Arriba, oculta entre la niebla, gritó una gaviota. Charley sintió un escalofrío y retiró la cabeza.

Se echó agua fría de la jofaina en la cara y el cuello; la piel, donde la salpicaba el frío del agua, se teñía de rosa.

Empezó a sentirse enfermo y aterido; volvió a meterse en la litera y, estirando las mantas aún tibias, se cubrió hasta la barbilla. El hogar... ¡Maldita tonadilla!

Se levantó de un salto. Ahora la cabeza y el estómago le latían al unísono. Sacó el orinal, se inclinó sobre él, sintió las náuseas. Llegó a su boca un poco de bilis verde. No, no quiero vomitar. Se puso la ropa interior y los pantalones de dril del uniforme, y se enjabonó la cara para afeitarse. El afeitado le puso triste. Lo que necesito es un... Hizo sonar el timbre para llamar al camarero.

-*Bonjour, m'sieur.*

-Oye, Billy, prepárame enseguida un coñac doble.

Se abrochó con cuidado los botones de la camisa y se puso la guerrera; al mirarse en el espejo, reparó en los bordes enrojecidos de sus ojos y en el matiz verdoso de su semblante bajo la tez tostada. De pronto empezó a sentirse enfermo otra vez; sintió la ácida arcada que le subía del estómago a la boca. ¡Dios, estos barcos franceses apestan! Llamaron a la puerta; apareció la sonrisa de rana del camarero.

-*Voilà, m'sieur*-, y el platillo blanco con el pequeño charco ambarino derramado por el vaso.

-¿Cuándo vamos a atracar?

El camarero se encogió de hombros y gruñó:

-*La brume*.

Cuando subía por la escalera, que olía a linóleo, seguían bailando ante sus ojos pequeños manchones verdes. En cubierta, la húmeda bruma le azotó la cara. Se metió las manos en los bolsillos y se adentró en ella. No había nadie en cubierta; sólo unos cuantos baúles, sillas de tijera plegadas y apiladas. A barlovento estaba todo mojado. Por las ventanas orladas de latón de la sala de fumar se deslizaban gotas. Nada en torno, sino bruma.

Dio otra vuelta por cubierta y se encontró con Joe Askew. Joe tenía buen aspecto. El pequeño bigote bien recortado bajo la nariz fina, los ojos claros.

-¿No es endiablada esta niebla, Charley?

-Odiosa.

-¿Tienes dolor de cabeza?

-Tú pareces estar como nunca, Joe.

-Claro, ¿y por qué no? Antes estuve intranquilo: estoy levantado desde las seis. Maldita niebla. Puede que tengamos que quedarnos aquí todo el día.

-Es una niebla en toda regla.

Dieron un par de vueltas por cubierta.

-¿Te das cuenta de cómo huele el barco, Joe?

-Debe ser que estamos anclados y la niebla nos estimula las narices. ¿Qué tal si desayunamos?

Charley guardó silencio un instante; luego aspiró profundamente y dijo:

-De acuerdo, vamos.

El comedor olía a cebolla y a abrillantador de bronce. Los Johnson estaban ya a la mesa. La señora Johnson tenía un aire pálido y flemático. Llevaba un sombrero gris que Charley nunca le había visto, lista para desembarcar. Charley dijo «hola», y Paul le dirigió un amago de sonrisa. Charley advirtió que la mano de Paul, al levantar el vaso de naranjada, temblaba. Y que tenía los labios blancos.

-¿Ha visto alguien a Ollie Taylor? -preguntó Charley.

-Apuesto a que el mayor se siente bastante mal -dijo Paul con una risita.

-¿Y usted cómo está, Charley? -preguntó melodiosa y dulcemente la señora Johnson.

-Oh, yo..., yo no puedo estar mejor.

-Embustero -dijo Joe Askew.

-Alguien que yo sé -dijo la señora Johnson- se acostó vestido -y su mirada topó con la de Charley.

Paul cambió de tema:

-Bien, regresamos al país de Dios.

-No consigo imaginar -se lamentó la señora Johnson cómo vamos a encontrar América.

Charley engullía los bollos con bicarbonato y sorbía el café, que tenía cierto sabor a sentina.

-De lo que me muero de ganas -decía Joe Askew- es de tomarme un verdadero desayuno americano.

-Pomelo -sugirió la señora Johnson.

-Cereales con crema -dijo Joe.

-Tortitas de maíz calientes -aventuró la señora Johnson.

-Huevos frescos con auténtico jamón de Virginia -propuso Joe.

-Pastelillos de trigo con salchichas camperas -sentenció la señora Johnson.

-Buñuelos de harina de maíz con carne picada de cerdo -expuso Joe.

-Buen café con verdadera crema de leche -remató la señora Johnson, riendo.

-Está bien, me rindo -dijo Paul, con una sonrisa forzada, mientras se levantaba y abandonaba la mesa.

Charley apuró el último sorbo de café; luego dijo que pensaba ir a cubierta a ver si habían llegado los oficiales de inmigración. «Vaya, ¿qué es lo que le pasa a Charley?», oyó que decían, riendo, Joe y la señora Johnson mientras él subía apresuradamente las escaleras.

Una vez en cubierta, decidió no volver a sentirse indispuerto. La niebla había despejado un tanto. A popa del *Niagara* pudo distinguir las sombras de otros vapores anclados y, más allá, una forma redonda que tal vez era tierra. En el aire, sobre su cabeza, chillaban y revoloteaban las gaviotas. A cierta distancia, en alguna parte del agua, una sirena de niebla dejaba oír a intervalos su alarido. Charley avanzó unos pasos y se asomó a la bruma húmeda.

Joe Askew apareció a su espalda fumando un cigarro, y le cogió del brazo.

-Es mejor pasear, Charley -dijo-. ¿No es un gemido infernal? Parece como si la pequeña y vieja Nueva York hubiera sido torpedeada durante esta maldita guerra... No veo absolutamente nada, ¿y tú?

-Me ha parecido ver un trozo de tierra hace un minuto, pero ya se ha esfumado.

-Habrán sido las montañas de la costa atlántica; estamos anclados frente al Hook^[1]... Maldita sea, quiero desembarcar de una vez.

-Tu mujer te estará esperando, ¿no, Joe?

-Debería estar... ¿Conoces a alguien en Nueva York, Charley?

Charley negó con la cabeza.

-Me queda todavía un largo camino para llegar a casa... No sé lo que voy a hacer cuando llegue.

-Maldita sea -dijo Joe Askew-. Quizá tengamos que pasarnos aquí todo el santo día.

-Joe -dijo Charley-, ¿qué te parece si tomamos una copa..., la última?

-Han cerrado ya el maldito bar.

Habían hecho las maletas la noche anterior. No tenían nada que hacer. Se pasaron la mañana jugando al *rummy*^[2] en la sala de fumar. Nadie podía mantener la atención en el juego. A Paul se le caían una y otra vez las cartas de las manos. Jamás sabían quién había hecho la última baza. Charley trataba de mantener los ojos apartados de los de la señora Johnson, de la pequeña curva de su cuello al esconderse bajo la cenefa de piel gris de su vestido.

-No consigo imaginar -dijo de nuevo ella- de qué pudieron ustedes hablar anoche hasta tan tarde... Creí que habíamos hablado ya de todo lo divino y lo humano cuando me fui a la cama.

-Bueno, encontramos temas, pero la mayoría de ellos salieron en forma de canciones -explicó Joe Askew.

-Sé que siempre me pierdo cosas cuando me voy a la cama -dijo ella. Charley advirtió que Paul, a su lado, la miraba con unos ojos mates y enternecidos-. Pero -siguió diciendo, con su sonrisa burlona- es tan aburrido quedarse levantada hasta tan tarde...

Paul se ruborizó; tenía el aire de quien se va a echar a llorar. Charley se preguntó si Paul había pensado lo mismo que él.

-Bien, veamos a quién le toca -dijo Joe Askew, animadamente.

Hacia mediodía entró en la sala de fumar el mayor Taylor.

-Buenos días a todos... Estoy seguro de que nadie se siente peor que yo. El capitán dice que es posible que no entremos en el muelle hasta mañana por la mañana.

Los jugadores dejaron las cartas sin terminar la mano.

-Estupendo -dijo Joe Askew.

-Casi es mejor -dijo Ollie Taylor-. Estoy hecho una ruina. El último de los dipsómanos e infatigables Taylor es una ruina. Soportamos la guerra, pero la paz nos ha vencido.

Charley miró el rostro gris de Ollie Taylor, hundido y flácido al pálido fulgor de la bruma que penetraba a través de las ventanas de la sala de fumar, y advirtió las vetas blancas que le surcaban el pelo y el bigote. «Cielos -pensó para sí-, voy a dejar la bebida.»

Consiguieron, de un modo u otro, acabar con el almuerzo, y se retiraron a dormir cada uno en su camarote.

Junto al suyo, en el corredor, Charley se encontró con la señora Johnson.

-Bien, señora Johnson, los primeros diez días serán los peores.

-¿Por qué no me llama Eveline, como todo el mundo? Charley se ruborizó.

-¿Y de qué serviría? Nunca volveremos a vernos.

-¿Por qué no? -dijo ella.

Él la miró en los ojos rasgados de color de avellana, cuyas pupilas se dilataron hasta que el castaño se volvió negro.

-Cielos, me encantaría que pudiéramos -tartamudeó él-. No piense ni por un instante que yo...

Pero ella ya lo había rozado delicadamente al pasar y había desaparecido al fondo del pasillo. Él entró en su camarote y cerró la puerta de golpe. Su equipaje estaba hecho. El camarero había retirado la ropa de la cama. Charley se echó boca abajo sobre el cutí rayado del colchón, que olía a tela rancia.

-Maldita mujer -dijo en voz alta.

Lo despertó el rechinar de una cabria; le llegó luego el tañido de la campana de la sala de máquinas. Miró por el ojo de buey y divisó un guardacostas amarillo y blanco, y, más allá, vagos rayos de sol rosados sobre edificios de

madera. La niebla se iba alzando; estando ya en la embocadura.

Cuando logró sacudirse de los ojos el lacerante sueño y subir a cubierta a la carrera, el *Niagara* enfilaba ya, despacio, la rutilante y verdigris bahía. La niebla rojiza se pliegaba arriba en rizos, como un manojo de cortinas. Ante la proa cruzó un transbordador rojo. A la derecha, una hilera de goletas de cuatro y cinco mástiles ancladas; más allá de ellas, un buque de velas cuadradas y un amasijo de rechonchos vapores de la Junta Marítima, algunos de los cuales conservaban aún las franjas y manchas de la pintura de camuflaje. Delante, a lo lejos, el fluctuante destello luminoso sobre la maraña de altos edificios de Nueva York.

Joe Askew se acercó a él; se había puesto la gabardina y llevaba sus prismáticos alemanes colgados del hombro. Sus ojos azules brillaban.

-¿Ves ya la Estatua de la Libertad, Charley?

-No... Sí, allí está. La recuerdo más grande.

-Y allá se ve el Black Tom, donde ocurrió la explosión.

-Todo parece muy tranquilo.

-Es domingo, eso lo explica.

-Sí, domingo...

Estaban ahora frente a la Battery. Los largos tramos de los puentes de Brooklyn se desvanecieron en una sombra de humo tras los descoloridos rascacielos.

-Bien, Charley, ahí es donde guardan todo el dinero. Tendremos que sacarles algo a esos tipos -dijo Joe Askew, atusándose el bigote.

-Me gustaría saber cómo empezar, Joe.

Bordeaban ahora una larga hilera de diques con techumbre. Joe tendió la mano.

-Charley, escríbeme, muchacho, ¿me oyes? Ha sido una gran guerra.

-Lo haré, Joe.

Dos remolcadores tiraban del *Niagara* hacia el dique contra el fuerte declinar de la marea. Sobre los edificios